EL PATRONO DE LA HABANA
TRESCIENTOS AÑOS DE FE

La advocación de "San Cristóbal" y el 16 de noviembre.—Milagrosa resistencia de la imagen.—La extraña petición del escultor Andujar.—La cicatriz del Santo.—La consigna del silencio.—Misa de mudos.—Hacia el Templete.—La columna de Cagigal.—Un Cristóbal Colón romano, leyenda e historia.—Un psicológico golpe de efecto.—Los cuadros de Vermay.—El ritual de la ceiba.—Sus poderes mágicos.—Fuerza de la tradición.

Nov 19/50 Bohemia

por

BERTHA DIAZMARTINEZ

AÑO tras año, el 16 de noviembre, día de San Cristóbal, Patrono de La Habana, un gran núcleo de nuestra población reitera una costumbre que mezcla extrañamente el ritual de la Iglesia Católica con prácticas supersticiosas de origen totémico, poniendo así al descubierto perfiles bien definidos del carácter híbrido de nuestra religiosidad. Arbol de sombra ambigua, cuyas fuertes raíces hispánicas se han alimentado durante siglos en el seno oscuro y misterioso de la tierra africana.

Imágen de San Cristóbal y ceiba del Templete que hacen converger en este día señalado, dos razas, dos religiones, dos continentes, en una finalidad común: la fuerza de la tradición y el poder de la Fe.

La Advocación de San Cristóbal y el 16 de Noviembre

De no haber sido La Habana presa altamente codiciable por los corsarios franceses o si Jacques de Sores, indignado por "los miserables mil pesos" que el cobarde y roñoso gobernador Pérez de Angulo le ofreciera como rescate de la población, no la hubiera exteriorizado dándole fuego a la entonces villa,— en cuyo incendio es muy probable que se quemaran los Libros de Actas del Cabildo anteriores a 1550— sabríamos todo lo ocurrido desde su fundación, y, ahora, no se hallarían los historiadores perdidos en un mar de confusas especulaciones sobre el día y lugar exacto de su fundación o el orígen de haberla colocado bajo la advocación de San Cristóbal.

Unos alegan que se realizó en honor del Gran Almirante Colón, mientras que otros afirman, partiendo de la suposición de que la villa fué fundada el 25 de julio de 1515, que se debe a que en el antiguo santoral San Cristóbal se celebraba en esa fecha.

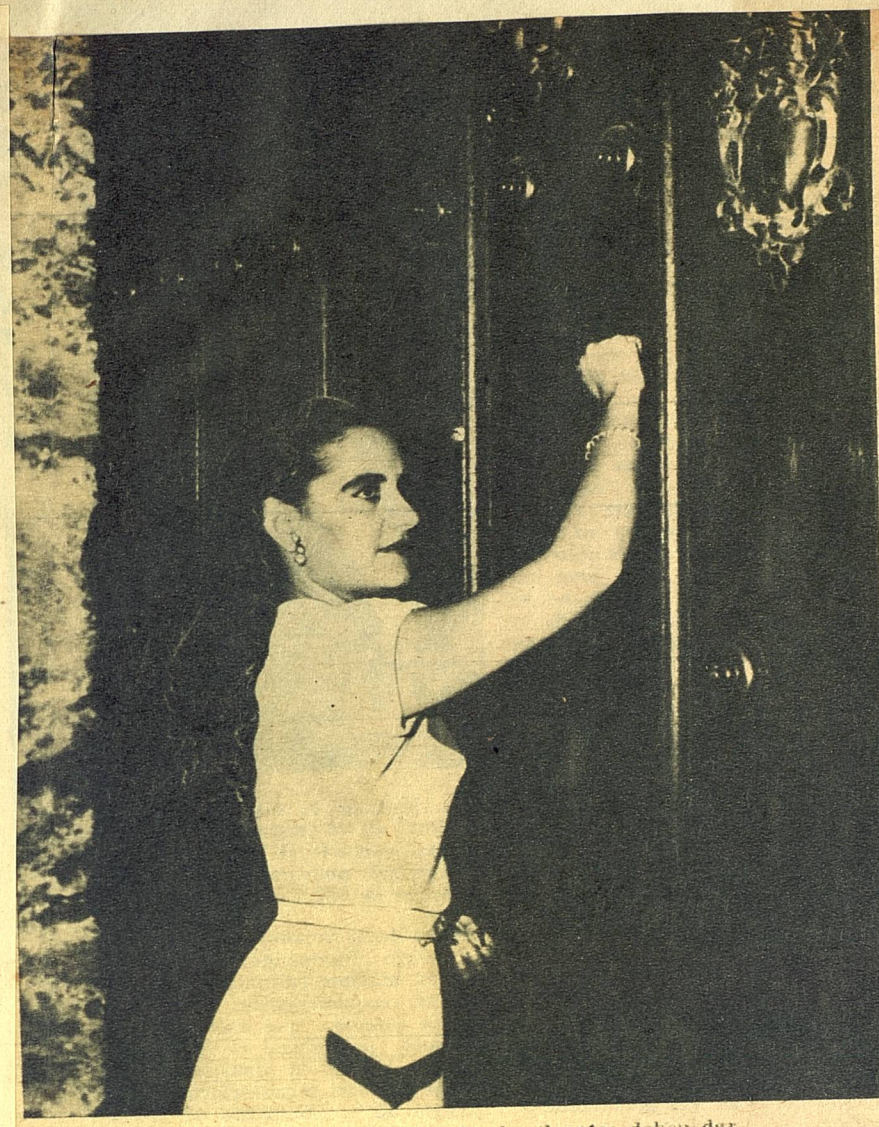
Lo que sí resulta cierto es que con el correr de los años se vió que la conmemoración de la fundación de La Habana y día de su Santo Patrono coincidía con la del Patrono de España y de la Isla de Cuba, Santiago Apóstol, y como las "coincidencias" en aquella oportunidad no resultaban gratas se solicitó y obtuvo del Sumo Pontífice el traslado de la fecha al 16 de noviembre, tal como venimos celebrándola actualmente.

Milagrosa resistencia de la imagen

La imagen, tallada en madera, de San Cristóbal, que hoy se venera en la Catedral, ha resistido durante más de tres siglos los rigores de la inestabilidad de la naciente capital tanto como los altibajos de su definitiva instalación, como si

PATRIMONIO DOCUMENTAL

N 21 284



Antes de entrar a la misa los devotos deben dar tres sonoros golpes en la puerta de la Catedral



Del poco cuidado que se puso en la ejecución del Templete es buena prueba este entablamiento donde los motivos ornamentales se repiten y alternan caprichosamente...

quisiera demostrar que en ningún momento ha dejado de velar por los fieles a quienes los conquistadores colocaron bajo su patrocinio.

Si queremos convencernos de ello salgamos al encuentro de su historia comenzando por la historia de la Catedral, a la cual se encuentra indisolublemente ligada.

El bohío que constituyó la primera iglesia de La Habana aunque no se sabe la fecha de su instauración se conoce que en 1519 ya cobraba diezmos. Durante algunos años constituyó el humilde lugar donde se ofreciera el sacrificio de la misa hasta que en 1550 fué sustituida por un edificio de cal y canto, el que no gozó de mucha fortuna pues cinco años después el incendio de Sores lo dejó con sólo las paredes en pie. En 1574 quedó terminado otro que, a pesar de te-



Los esclavos africanos creían que la ceiba era una personificación de Ochún—identificada con la Virgen de las Mercedes—y es por eso que actualmente se le entierran en alguna de sus grietas centavitos negros como ofrecimiento a esa divinidad.



El cuidador del Templete, Arturo Pedroso, durante dieciséis años ha tenido oportunidad de observar toda suerte de rituales...

Espada y Landa llevó a cabo importantes reformas en el edificio. El Obispo, en parte por su depurado gusto que no aceptaba las estátuas, adornos y altares que afeaban el sagrado recinto y en parte porque las procesiones de imágenes incrementaban en grado sumo las prácticas santeras en aquella época, optó por destruirlas —hay quien irreverentemente asegura que para hacer leña— y sustituirlas por cuadros al óleo, copias de artistas renombrados, realizados por el pintor Vermay y sus discípulos de "San Alejandro".

Así fué como el corpulento santo llegó hasta nuestros días. Y de que es el mismo que arribara a nuestras costas hace 317 años no hay lugar a duda. Todo el que desee comprobarlo puede hacer lo que nosotros, pedir que le muestren la cicatriz que tiene a la altura de la rodilla, donde comienza el muslo, demostrativa que por ahí fué cortado, quitado un pedazo y vuelto a empatar. Rebajamiento en el que perdió la elegancia de la proporción, luciendo rechoncho y piernicorto.

La consigna del silencio

Entre las tradiciones que se practican en la conmemoración de San Cristóbal una de las más características es la consigna del silencio. Se asegura que los que deseen recibir las mercedes del Santo no pueden hablar una palabra desde las doce de la noche del día anterior. No sabemos si esta pequeña mortificación es como un homenaje a aquel que encarcelado, puesto sobre brasas encendidas, rociado con aceite hirviendo y asaeteado, no abrió los labios para renegar de su fe, llegando, finalmente, a ser decapitado. Esta heroica "mudez" bien merece la temporal y efímera que se le brinda en este día.

Coyuntura que aprovechan alegremente los jóvenes para tratar de hacer hablar, o por lo menos sonreir, a las damiselas que se empeñan en cerrar sus maquilladas bocas en un gesto tenáz o que se llevan coquetonamente un dedo a los labios en señal de silencio. Lo que muchas veces no pasa de un amable y frívolo pretexto para entablar conversación...

La misa de los "mudos"

Antes de entrar a la misa de los "mudos", como el pueblo ha dado en llamar a la que se celebra todos los años en la Catedral en honor de nuestro Patrono, se dice que es necesario dar tres sonoros golpes en la puerta.

Confesamos que no hemos podido averiguar el orígen de esta costumbre que tanto desagrada a los sacerdotes.

Quizá se trate de un modo contundente de llamarle la atención al Santo avisándole la presencia del peticionario. Tal vez tenga algo que ver con la consigna masónica de anunciar con un "toque" especial la llegada a la logia. Pero, lo más probable es que se emplée ateniéndose a la sentencia bíblica:

"Pedid y recibireis. Tocad y se os abrirá..."

Hacia el Templete

Una vez oída la misa o simplemente hecha la rogativa al Santo en la Catedral los devotos se encaminan hacia el Templete para cumplir la segunda parte del ritual que aquí pierde sus características netamente católicas. Pese a que el mismo fué erigido con la finalidad de conservar la fe cristiana, tal como se lee en las inscripciones grabadas —una en latín, otra en castellano antiguo—, en la columna llamada de Cagigal, que se levanta al frente y centro del Templete, muy cerca de la verja:

"Detén el paso caminante, adorna este sitio un árbol, una ceiba frondosa, más bien diré signo memorable de la prudente y antigua religión de la joven ciudad, pues ciertamente bajo su sombra fué inmolado solemnemente en esta ciudad el Autor de la Salud. Fué tenida por primera vez la reunión de los prudentes concejales hace más de dos siglos: era conservado como una tradición perpetua; sin embargo cedió al tiempo. Mira pues y no perezca en lo porvenir la fe habanera. Verás una imágen hecha hoy en la piedra, es decir el último de noviembre del año de 1754".

Erección de la columna

Fué indudablemente, con el objetivo de guardar la tradición que el gobernador Francisco Cagigal de la Vega hizo erigir en 1754 esta sencilla columna de tres caras, coronada también por tres pináculos —que simbolizan los tres castillos del escudo de la ciudad, el Morro, la Fuerza y la Punta— y rematada en lo alto por una pequeñísima Virgen del Pilar, a la que hay que mirar largo rato para poderla detallar. Cosa que ocurre con el busto que se levanta al frente de dicha columna, pues hay que detenerse algún tiempo para descubrir

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

286

la inscripción "Columbus" y así saber que se trata del Gran Almirante, ya que ni por sus líneas romanas ni por sus facciones uno se atrevería a decir que se trata de Cristóbal Colón.

Duro golpe hubiera sido, pues, para la ingenua fe de Cagigal saber que, andando el tiempo, los historiadores —esos frios cirujanos de la verdad— iban a descubrir que en el lugar donde se levantó la columna en sustitución de la primitiva ceiba ya extinguida, —como se puede apreciar por el diseño de una ceiba a relieve, con las ramas cortadas o secas, que aparece en el primer frente del triángulo de la columna que mira al naciente— bajo la cual se suponía haberse celebrado la primera misa y reunido el primer Cabildo, jamás se llevó a cabo ninguno de los dos solemnes actos.

Leyenda e historia

La leyenda que por más de dos siglos había corrido de generación en generación decía que a la sombre de una ceiba frondosa que existía al noroeste de la actual Plaza de Armas, contrastando su talla ciclópea contra las colinas vírgenes de fortificaciones y las cabrilleantes aguas de la bahía, un grupo de conquistadores, frailes oficiantes y curiosos indios, celebraron una misa y un Cabildo Alcaldicio, los primeros con los que se daba por instaurada La Habana.

Sin embargo la historia, por boca de los hombres que hurgaron en sus páginas, asegura que no existe documento alguno probatorio de esos actos. Pues ni aún Arrate y Pezuela, los más antiguos historiadores, han podido invocar otra cosa que la tradición.

Emilio Roig de Leuchsenring nos dice que lo que sí consta en los Libros de Cabildos del Ayuntamiento es que en la primitiva plaza una ceiba era utilizada para amarrar a los que debían sufrir la pena del azote público, pero que estaba ubicada en un lugar muy distinto al que actualmente ocupa la Plaza de Armas, lo que le "permite afirmar que no pudo ser esa ceiba, que según la tradición se alzaba en el lugar donde Cagigal levantó el pilar conmemorativo, la misma bajo la cual se celebraron la primera misa y el primer cabildo." Y que, "finalmente, es indispensable tener en cuanta un detalle de mayor importancia histórica aún que las razones anteriores: y es que el suceso trascendente de la fundación de La Habana, que hubiera podido dar motivo para la celebración de una misa y cabildo conmemorativo, no tuvo lugar en el puerto de Carenas, sino que en éste sólo se realizó el tercer traslado de la villa" —agregando— "gradualmente, con el correr de los meses o de los años y, por tanto, sin ceremonias de ninguna clase".

Un Psicológico golpe de efecto

No menos sorprendido que Cagigal quedaría Don Francisco Dionisio Vives, Gobernador Gral. de la Isla, si supiera que una centuria después de haber hecho construir un edificio que albergara dignamente la tradición, la realidad histórica iba a desmentir su propósito.

Aunque el discreto templito dórico es muy inferior a otras obras arquitectónicas de la misma época —del poco cuidado que se puso en su ejecución es una buena prueba el entablamiento, en el que los motivos de: corona de plumas y flechas cruzadas, corona y ambos mundos, la inicial del rey Fernando y el guarismo de Séptimo, no guardan orden alguno y se repiten y alternan caprichosamente— el Gobernador Vives quiso rodear el acto de su inauguración de gran pompa como un psicológico golpe de efecto con el que pretendió despertar mayor interés y respeto hacia la monarquía cuyo prestigio veía empañado por las primeras intentonas revolucionarias.

Todo el esplendor de la solemne misa que se celebró el día 19 de marzo de 1828, para iniciar los actos de su inauguración, ha quedado grabado,— con fidelidad de lente fotográfico—, en el lienzo que ocupa todo el panel central del Templete, debido al pincel de Juan Bautista Vermay. Aquí claramente están marcados los rangos. En primera fila, la representación del intelecto, la nobleza de la sangre y la del dinero —aunque este se hubiera amasado con carne de esclavos—. Del otro lado, separados por el muro y como enrejados por la miseria, el pueblo que paga todo aquel oropel pero que se contenta con admirarlo a través de los barrotes.

A la derecha, frente al pintor que sentado toma sus apuntes, la figura altiva y los rasgos firmes del Obispo Espada —quien costeara de su peculio la ejecución de los 3 cuadros que adornan el Templete— manejando el incensario, rodeado de varios prelados. Están presentes, entre otros, los Marqueses de Prado Ameno, Condes de: Villanueva, Fernandina, Cañongo, O'Reilly, Casa Bayona; Arango y Parreño, Antonio María de la Torre y Ramón de la Sagra. El caballero que se yergue apoyado en su bastón y que se hace visible a la primera ojeada es el Gobernador Vives, junto a sus dos hijas y el aya. Tras él, el apóstata de su raza, el negrito Tondrá, que llegó a ostentar grado de oficial del orden público por su eficiente persecución a los esclavos. Un poco más atrás se destaca un grupo de bellezas de la época: señoras de O'Farrill, Montalvo, Cárdenas y Madame Vermay, a quién la vanidad de su esposo, queriendo mostrar a la posteridad la perfección de su cara, le ha roba-

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

5

do la devoción para convertirla en una curiosa personita atenta a todo el que llega a visitar el Templete.

Parándonos frente a la curiosa Mme. Vermay, nos queda a la izquierda el cuadro representativo del Primer Cabildo, a la derecha el de la Primera Misa.

Aunque Vermay ejecutó ambos por encargo y bajo las indicaciones del Obispa Espada y Landa, quedó a la imaginación del pintor la composición de las escenas.

La del Cabildo no puede ser más liberal, creada, —al decir de críticos autorizados— más con el fin de reunir y perpetuar la principales figuras de los colonizadores que de ajustarse a la verdad. Por eso vemos destacarse en lugar preferente a un gallardo y engalanado Diego Velázquez y observamos rasgos que parecen pertenecer a Narváez, Ocampo y Las Casas, entre otros. El instante captado es el solemne en que el escribiente —fácil de reconocer por el rollo de papeles que tiene en la mano izquierda— presenta la señal de la cruz a un regidor que, a su vez, cruza sus dedos para prestar el debido juramento. Y, no dudamos que la india que abraza a su hijito, en la extrema izquierda, quiera simbolizar a la raza que nacerá de su carne cobriza.

Con la de la Primera Misa sucede otro tanto. Se afirma que el caballero de capa, vuelto de espaldas, que aproxima cariñosamente al santo sacrificio un indio arrodillado, es un benévolo Diego Velázquez. Flota al viento el pendón de Castilla y la ceiba corpulenta, destacándose contra el claro cielo cobija el instante de la bendición sacerdotal. Lo que no impide que con fina ironía el pintor francés colocara a un irreverente ciudadano sobre una barquilla, durmiendo el más plácido de los sueños arrullado por las aguas de la bahía.

El ritual de la ceiba

Cada 16 de noviembre, si bien la generalidad del público contempla unos instantes con indiferencia estos cuadros y prácticamente ni se detiene a analizar otros interesantes detalles, no es menos cierto que concentra todo su interés en la ceiba centenaria.

El extraño ritual que ante ella se verifica consiste en dar tres vueltas alrededor de su tronco poniendo la mano izquierda, —por ser la del corazón— sobre él, también tres veces, al tiempo que se hace la petición. Una vez hecha esta se entierra en alguna de sus grietas un "kilo" prieto y, por último, se arranca un pedacito de la corteza que servirá de amuleto.

¿De dónde nacen estas prácticas fetichistas o santeras? ¿Son reminiscencias de nuestros indios o directa importación africana?

Aunque la ceiba representaba para el indio cubano la personificación del sol en la tierra, el árbol sagrado a cuyo cobijo estaba libre de todo mal y a veces constituía oráculo de sus inquietudes, ante el que se detenía, interrogándolo reverentemente, no sabemos que llevara a cabo a su sombra ninguna de las particulares fases que anualmente se practican alrededor de la ceiba del Templete.

Hay que volver los ojos hacia Africa, en donde el totem —culto de los antepasados— del árbol, como en otras tantas culturas primitivas, está tan arraigado. Ellos creen que en un árbol determinado, o en una piedra, o en un río, etc., reside el espíritu de algún antepasado del cual se desciende o que es afín, motivo por el cual se les adora.

Los esclavos africanos, que nos trajeron sus lastres totémicos, creían que la ceiba personificaba a Ochún, —que posteriormente identificaron con la católica Virgen de las Mercedes— y por eso es que se le ofrecen centavitos prietos, como suelen hacerlo también con la Virgen de Regla.

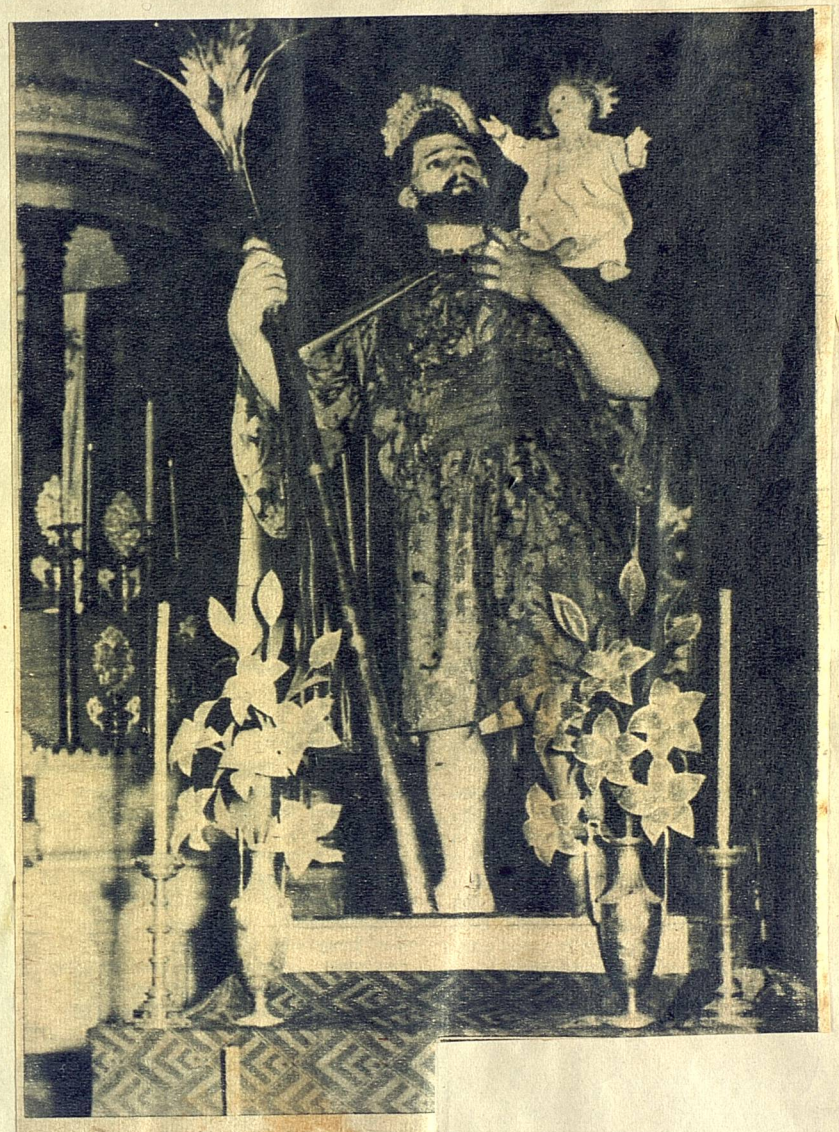
El cuidador del Templete, Arturo Pedroso, que durante dieciseis años ha tenido la oportunidad de observar toda suerte de rituales, nos dice que existe una gran fe hacia los poderes milagrosos de esta ceiba a la que los devotos suelen traerle "promesas", igual que si se tratara de un santo. Amablemente nos muestra cicatrices en el tronco del árbol con la forma de la plantilla de un pie humano, asegurándonos que ha oído hablar de varios casos de curas de hernias con sólo ponerse esta plantilla dentro del zapato. Y que tiene que estar siempre muy alerta pues al menor descuido los devotos pueden llevarse un trocito al que se le atribuyen poderes mágicos.

*

Podemos despojar a la ceiba de los poderes milagrosos que le atribuyen las creencias africanas... Podemos arrebatarle el prestigio histórico de haber cobijado el primer sacrificio de la misa... Pero, por mucho que nos empeñemos, no podremos borrar íntegramente el sentido ideológico de la tradición... La fuerza de la tradición y el poder de la fe que siguen moviendo al pueblo...

Bohemia, nov 19/57

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



El San Cristóbal que actualmente se venera en la Catedral ha resistido durante más de trescientos años los altibajos de su definitiva instalación tanto como los rigores de la inestabilidad de la naciente capital.

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



En la mañana del día de San Cristóbal los jóvenes alegremente tratan de hacer romper a las muchachas que se dirigen a misa su "consigna del silencio".

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

EL PATRONO DE LA HABANA

TRESCIENTOS AÑOS DE FE

Por Bertha Díaz Martínez.

Milagrosa resistencia de la imagen

La imagen, tallada en madera, de San Cristóbal, que hoy se venera en la Catedral, ha resistido durante más de tres siglos los rigores de la inestabilidad de la naciente capital tanto como los altibajos de su definitiva instalación, como si quisiera demostrar que en ningún momento ha dejado de velar por los fieles a quienes los conquistadores colocaron bajo su patrocinio.

Si queremos convencernos de ello salgamos al encuentro de su historia comenzando por la historia de la Catedral, a la cual se encuentra indisolublemente ligada.

El bohío que constituyó la primera iglesia de La Habana aunque no se sabe la fecha de su instauración se conoce que en 1519 ya cobraba diezmos. Durante algunos años constituyó el humilde lugar donde se ofreciera el sacrificio de la misa hasta que en 1550 fué sustituída por un edificio de cal y canto, el que no gozó de mucha fortuna pues cinco años después el incendio de Sores lo dejó con sólo las paredes en pie. En 1574 quedó terminado otro que, a pesar de tener mayores pretensiones, no pasaba de ser una "hermosa bodega", en el lugar en que actualmente se alza el edificio del Ayuntamiento.

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Fué para las obras de reedificación y ampliación de esta iglesia, dedicada a San Cristóbal y ya con categoría de Parroquial Mayor que se encargó la imágen del santo.

Se comisionó para la dirección de la obra a Don Simón Fernández Leyten, Procurador Gral. de esta ciudad en la Real Villa y Corte de Madrid y para su ejecución al escultor Martín Andújar, que la talló en Sevilla, cobrando 402 pesetas y 5 reales. Se pagó a Luis Esquibel, pintor, por barnizarla, 450 pesetas. Y en otro, para su adorno, se gastaron 382 pesetas, 4 reales. Es decir que el costo total de la imagen de San Cristóbal en España alcanzó la suma de 1,238 pesetas y un real.

En 1633 el grupo escultórico llegaba a La Habana. Pero, bien sea porque su colosal tamaño no se acoplaba a las dimensiones de la modesta iglesia o porque se hacía imposible llevarlo en las procesiones - donde su corpulenta figura sobrepasaba los entoldados de las calles por entonces principales - el caso es que se encargó al escultor José Ignacio Valentín Sánchez que rebajara y repintara la figura. Cuando Valentín Sánchez se hallaba enfrascado en esta tarea vió sobre el pecho del santo un taco. Removiéndolo, observó con creciente asombro que contenía una nota. Y, un supersticioso calofrío recorrió su médula cuando leyó que el escultor Andújar pedía que rogasen a Dios por su alma cuando muriera. El Cabildo habanero, recogiendo la petición que de modo tan original se había manifestado, ordenó que se dijesen 100 misas en sufragio del alma del atormentado escultor.

De modo que, la primera gracia de que se tiene noticias hecha por conducto de este San Cristóbal quedó cumplida con creces. El

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

segundo milagro que se le atribuye es el hecho de haber salido indemne del estado ruinoso en que quedó la Parroquial en 1741, cuando, con motivo de la voladura por un rayo del navío "Invencible", anclado en puerto, muchos edificios de la ciudad se resquebrajaron. Los incesantes paseos que motivaron el traslado provisional de dicha Parroquia Mayor al oratorio de San Felipe de Neri y posteriormente al Colegio de la Compañía de Jesús, así como las obras de reconstrucción y transformación para convertirla en Catedral, - ya en el sitio en que actualmente ocupa - tampoco le afectaron.

Pero, donde mejor demostró su poder milagroso para escapar a la destrucción fué cuando el Obispo Espada y Landa llevó a cabo importantes reformas en el edificio. El Obispo, en parte por su depurado gusto que no aceptaba las estátuas, adornos y altares que afeaban el sagrado recinto y en parte porque las procesiones de imágenes incrementaban en grado sumo las prácticas santeras en aquella época, optó por destruirlas - hay quien irreverentemente asegura que para hacer leña - y sustituirlas por cuadros al óleo, copias de artistas renombrados, realizados por el pintor Vermay y sus discípulos de "San Alejandro".

Así fué como el corpulento santo llegó hasta nuestros días. Y de que es el mismo que arribara a nuestras costas hace 317 años no hay lugar a duda. Todo el que desee comprobarlo puede hacer lo que nosotros, pedir que le muestren la cicatriz que tiene a la altura de la rodilla, donde comienza el muslo, demostrativa que por ahí fué cortado, quitado un pedazo y vuelto a empatar. Rebajamiento en el que perdió la elegancia de la

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

proporción, luciendo rechoncho y piernicorto.

La consigna del silencio

Entre las tradiciones que se practican en la conmemoración de San Cristóbal una de las más características es la consigna del silencio. Se asegura que los que deseen recibir las mercedes del Santo no pueden hablar una palabra desde las doce de la noche del día anterior. No sabemos si esta pequeña mortificación es como un homenaje a aquel que encarcelado, puesto sobre brasas encendidas, rociado con aceite hirviendo y asaetado, no abrió los labios para renegar de su fe, llegando, finalmente, a ser decapitado. Esta heroica "mudez" bien merece la temporal y efímera que se le brinda eneste día.

Coyuntura que aprovechan alegremente los jóvenes para tratar de hacer hablar, o por lo menos sonreir, a las damiselas que se empeñan en cerrar sus maquilladas bocas en un gesto tenáz o que se llevan coquetonamente un dedo a los labios en señal de silencio. Lo que muchas veces no pasa de un amable y frívolo pretexto para entablar conversación....

La misa de los "mudos"

Antes de entrar a la misa de los "mudos", como el pueblo ha dado en llamar a la que se celebra todos los años en la Catedral en honor de nuestro Patrono, se dice que es necesario dar tres sonoros golpes en la puerta.

Confesamos que no hemos podido averiguar el origen de esta costumbre que tanto desagrada a los sacerdotes.

Quizá se trate de un modo contundente de llamarle la atención al Santo avisándole la presencia del peticionario. Tal vez

tenga algo que ver con la consigna masónica de anunciar con un "toque" especial la llegada a la logia. Pero, lo más probable es que se emplee ateniéndose a la sentencia bíblica:

"Pedid y recibireis. Tocad y se os abrira..."

Hacia el Templete

Una vez oída la misa o simplemente hecha la rogativa al Santo en la Catedral los devotos se encaminan hacia el Templete para cumplir la segunda parte del ritual que aquí pierde sus características netamente católicas. Pese a que el mismo fué erigido con la finalidad de conservar la fe cristiana, tal como se lee en las inscripciones grabadas - una en latín, otra en castellano antiguo -, en la columna llamada de Cagigal, que se levanta al frente y centro del Templete, muy cerca de la verja:

"Detén el paso caminante, adorna este sitio un árbol, una ceiba frondosa, más bien diré signo memorable de la prudente y antigua religión de la joven ciudad, pues ciertamente bajo su sombra fué inmolado solemnemente en esta ciudad el Autor de la Salud. Fué tenida por primera vez la reunión de los prudentes concejales hace más de dos siglos: era conservado como una tradición perpetua; sin embargo cedió al tiempo. Mira pues y no perezca en lo porvenir la fe habanera hoy en la piedra, es decir el último de noviembre del año de 1754".

Erección de la columna

Fué indudablemente, con el objetivo de guardar la tradición que el gobernador Francisco Cagigal de la Vega hizo erigir en 1754 esta sencilla columna de tres caras, coronada también por

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

tres pináculos - que simbolizan los tres castillos del escudo de la ciudad, el Morro, la Fuerza y la Punta - y rematada en lo alto por una pequeñísima Virgen del Pilar, a la que hay que mirar largo rato para poderla detallar. Cosa que ocurre con el busto que se levanta al frente de dicha columna, pues hay que detenerse algún tiempo para descubrir la inscripción "Columbus" y así saber que se trata del Gran Almirante, ya que ni por sus líneas romanas ni por sus facciones uno se atrevería a decir que se trata de Cristóbal Colón.

Duro golpe hubiera sido, pues, para la ingenua fe de Cagigal saber que, andando el tiempo, los historiadores - esos fríos cirujanos de la verdad - iban a descubrir que en el lugar donde se levantó la columna en sustitución de la primitiva ceiba ya extinguida, - como se puede apreciar por el diseño de una ceiba a relieve, con las ramas cortadas o secas, que aparece en el primer frente del triángulo de la columna que mira al naciente - bajo la cual se suponía haberse celebrado la primera misa y reunido el primer Cabildo, jamás se llevó a cabo ninguno de los dos solemnes actos.

Leyenda e historia

La leyenda que por más de dos siglos había corrido de generación en generación decía que a la sombra de una ceiba frondosa que existía al noroeste de la actual Plaza de Armas, contrastando su talla ciclópea contra las colinas vírgenes de fortificaciones y las cabrilleantes aguas de la bahía, un grupo de conquistadores, frailes oficiantes y curiosos indios, celebraron una misa y un Cabildo Alcaldicio, los primeros con los que se

daba por instaurada La Habana.

Sin embargo la historia, por boca de los hombres que hurgaron en sus páginas, asegura que no existe documento alguno probatorio de esos actos. Pues ni aún Arrate y Pezuela, los más antiguos historiadores, han podido invocar otra cosa que la tradición.

Emilio Roig de Leuchsenring nos dice que lo sí consta en los Libros de Cabildos del Ayuntamiento es que en la primitiva plaza una ceiba era utilizada para amarrar a los que debían sufrir la pena del azote público, pero que estaba ubicada en un lugar muy distinto al que actualmente ocupa la Plaza de Armas, lo que le "permite afirmar que no pudo ser esa ceiba, que según la tradición se alzaba en el lugar donde Cagigal levantó el pilar conmemorativo, la misma bajo la cual se celebraron la primera misa y el primer cabildo". Y que, "finalmente, es indispensable tener en cuenta un detalle de mayor importancia histórica aún que las razones anteriores: y es que el suceso trascendente de la fundación de La Habana, que hubiera podido dar motivo para la celebración de una misa y cabildo conmemorativo, no tuvo lugar en el puerto de Carenas, sino que en éste sólo se realizó el tercer traslado de la villa" - agregando - "gradualmente, con el correr de los meses o de los años y, por tanto, sin ceremonias de ninguna clase".

Un Psicológico golpe de efecto

No menos sorprendido que Cagigal quedaría Don Francisco Dionisio Vives, Gobernador Gral. de la Isla, si supiera que una centuria después de haber hecho contrauir un edificio que albergara dignamente la tradición, la realidad histórica iba a desmen-

tir su propósito.

Aunque el discreto templito dórico es muy inferior a otras obras arquitectónicas de la misma época - del poco cuidado que se puso en su ejecución es una buena prueba el entablamiento, en el que los motivos de: corona de plumas y flechas cruzadas, corona y ambos mundos, la inicial del rey Fernando y el guarismo de Séptimo, no guardan orden alguno y se repiten y alternan caprichosamente - el Gobernador Vives quiso rodear el acto de su inauguración de gran pompa como un psicológico golpe de efecto con el que pretendió despertar mayor interés y respeto hacia la monarquía cuyo prestigio veía empañado por las primeras intentonas revolucionarias.

Todo el esplendor de la solemne misa que se celebró el día 19 de marzo de 1828, para iniciar los actos de su inauguración, ha quedado grabado, - con fidelidad de lente fotográfico -, en el lienzo que ocupa todo el panel central del Templete, debido al pincel de Juan Bautista Vermay. Aquí claramente están marcados los rangos. En primera fila, la representación del intelecto, la nobleza de la sangre y la del dinero - aunque este se hubiera amasado con carne de esclavos -. Del otro lado, separados por el muro y como enrejados por la miseria, el pueblo que paga todo aquel oropel pero que se contenta con admirarlo a través de los barrotes.

A la derecha, frente al pintor que sentado toma sus apuntes, la figura altiva y los rasgos firmes del Obispo Espada - quien costeará de su peculio la ejecución de los 3 cuadros que adornan el Templete - manejando el incensario, rodeado de varios prelados.

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Estan presentes, entre otros, los Marqueses de Prado Ameno, Condes de: Villanueva, Fernandina, Cañongo, O'Reilly, Casa Bayona; Arango y Parreño, Antonio María de la Torre y Ramón de la Sagra. El caballero que se yergue apoyado en su bastón y que se hace visible a la primera ojeada es el Gobernador Vives, junto a sus dos hijas y el aya. Tras él, el apóstata de su raza, el negrito Tondrá, que llegó a ostentar grado de oficial del orden público por su eficiente persecución a los esclavos. Un poco más atrás se destaca un grupo de bellezas de la época: señoras de O'Farrill, Montalvo, Cárdenas y Madame Vermay, a quién la vanidad de su esposo, queriendo mostrar a la posteridad la perfección de su cara, le ha robado la devoción para convertirla en una curiosa personita atenta a todo el que llega a visitar el Templete.

Parándonos frente a la curiosa Mme. Vermay, nos queda a la izquierda el cuadro representativo del Primer Cabildo, a la derecha el de la Primera Misa.

Aunque Vermay ejecutó ambos por encargo y bajo las indicaciones del Obispo Espada y Landa, quedó a la imaginación del pintor la composición de las escenas.

La del Cabildo no puede ser más liberal, creada, - al decir de críticos autorizados - más con el fin de reunir y perpetuar la principales figuras de los colonizadores que de ajustarse a la verdad. Por eso vemos destacarse en lugar preferente a un gallardo y engalanado Diego Velázquez y observamos rasgos que parecen pertenecer a Narváez, Ocampo y Las Casas, entre otros. El instante captado es el solemne en que el escribiente - fácil de reconocer por el rollo de papeles que tiene en la mano iz-

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

quierda - presenta la señal de la cruz a un regidor que, a su vez, cruza sus dedos para prestar el debido juramento. Y, no dudamos que la india que abraza a su hijito, en la extrema izquierda, quiera simbolizar la raza que nacerá de su carne cobriza.

Con la de la Primera Misa sucede otro tanto. Se afirma que el caballero de capa, vuelto de espaldas, que aproxima cariñosamente al santo sacrificio un indio arrodillado, es un benévolo Diego Velázquez. Flota al viento el pendón de Castilla y la ceiba corpulenta, destacándose contra el claro cielo cobija el instante de la bendición sacerdotal. Lo que no impide que con fina ironía el pintor francés colocara a un irreverente ciudadano sobre una barquilla, durmiendo el más plácido de los sueños arrullado por las aguas de la bahía.

El ritual de la ceiba

Cada 16 de noviembre, si bien la generalidad del público contempla unos instantes con indiferencia estos cuadros y prácticamente ni se detiene a analizar otros interesantes detalles, no es menos cierto que concentra todo su interés en la ceiba centenaria.

El extraño ritual que ante ella se verifica consiste en dar tres vueltas alrededor de su tronco poniendo la mano iaquierda, - por ser la del corazón - sobre él, también tres veces, al tiempo que se hace la petición. Una vez hecha esta se entierra en alguna de sus grietas un "kilo" prieto y, por último, se arranca un pedacito de la corteza que servirá de amuleto.

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

¿De dónde nacen estas prácticas fetichistas o santeras? ¿Son reminiscencias de nuestros indios o directa importación africana?

Aunque la ceiba representaba para el indio cubano la personificación del sol en la tierra, el árbol sagrado a cuyo cobijo estaba libre de todo mal y a veces constituía oráculo de sus inquietudes, ante el que se detenía, interrogándolo reverentemente, no sabemos que llevara a cabo a su sombra ninguna de las particulares fases que anualmente se practican alrededor de la ceiba del Templete.

Hay que volver los ojos hacia Africa, en donde el totem - culto de los antepasados - del árbol, como en otras tantas culturas primitivas, está tan arraigado. Ellos creen que en un árbol determinado, o en una piedra, o en un río, etc., reside el espíritu de algún antepasado del cual se desciende o que es afin, motivo por el cual se les adora.

Los esclavos africanos, que nos trajeron sus lastres totémicos, creían que la ceiba personificaba a Ochún, - que posteriormente identificaron con la católica Virgen de las Mercedes - y por eso es que se le ofrecen centavitos prietos, como suelen hacerlo también con la Virgen de Regla.

El cuidador del Templete, Arturo Pedroso, que durante dieciseis años ha tenido la oportunidad de observar toda suerte de rituales, nos dice que existe una gran fe hacia los poderes milagrosos de esta ceiba a la que los devotos suelen traerle "promesas", igual que si se tratara de un santo. Amablemente nos muestra cicatrices en el tronco del árbol con la forma de la

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DE HISTORIADOR DE LA HABANA

plantilla de un pie humano, asegurándonos que ha oído hablar de varios casos de curas de hernias con sólo ponerse esta plantilla dentro del zapato. Y que tiene que estar siempre muy alerta pues al menor descuido los devotos pueden llevarse un trocito al que se le atribuyen poderes mágicos.

Podemos despojar a la ceiba de los poderes milagrosos que le atribuyen las creencias africanas... Podemos arrebatarle el prestigio histórico de haber cobijado el primer sacrificio de la misa... Pero, por mucho que nos empeñemos, no podremos borrar íntegramente el sentido ideológico de la tradición...

La fuerza de la tradición y el poder de la fe que siguen moviendo al pueblo....

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

EL PATRONO DE LA HABANA

TRESCIENTOS AÑOS DE FE

Por Bertha Díaz Martínez.

Milagrosa resistencia de la imagen

La imagen, tallada en madera, de San Cristóbal, que hoy se venera en la Catedral, ha resistido durante más de tres siglos los rigores de la inestabilidad de la naciente capital tanto como los altibajos de su definitiva instalación, como si quisiera demostrar que en ningún momento ha dejado de velar por los fieles a quienes los conquistadores colocaron bajo su patrocinio.

Si queremos convencernos de ello salgamos al encuentro de su historia comenzando por la historia de la Catedral, a la cual se encuentra indisolublemente ligada.

El bohío que constituyó la primera iglesia de La Habana aunque no se sabe la fecha de su instauración se conoce que en 1519 ya cobraba diezmos. Durante algunos años constituyó el humilde lugar donde se ofreciera el sacrificio de la misa hasta que en 1550 fué sustituída por un edificio de cal y canto, el que no gozó de mucha fortuna pues cinco años después el incendio de Sores lo dejó con sólo las paredes en pie. En 1574 quedó terminado otro que, a pesar de tener mayores pretensiones, no pasaba de ser una "hermosa bodega", en el lugar en que actualmente se alza el edificio del Ayuntamiento.

PATRIMONIO DOCUMENTAL OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Fué para las obras de reedificación y ampliación de esta iglesia, dedicada a San Cristóbal y ya con categoría de Parroquial Mayor que se encargó la imágen del santo.

Se comisionó para la dirección de la obra a Don Simón Fernández Leyten, Procurador Gral. de esta ciudad en la Real Villa y Corte de Madrid y para su ejecución al escultor Martín Andújar, que la talló en Sevilla, cobrando 402 pesetas y 5 reales. Se pagó a Luis Esquibel, pintor, por barnizarla, 450 pesetas. Y en otro, para su adorno, se gastaron 382 pesetas, 4 reales. Es decir que el costo total de la imagen de San Cristóbal en España alcanzó la suma de 1,238 pesetas y un real.

En 1633 el grupo escultórico llegaba a La Habana. Pero, bien sea porque su colosal tamaño no se acoplaba a las dimensiones de la modesta iglesia o porque se hacía imposible llevarlo en las procesiones - donde su corpulenta figura sobrepasaba los entoldados de las calles por entonces principales - el caso es que se encargó al escultor José Ignacio Valentín Sánchez que rebajara y repintara la figura. Cuando Valentín Sánchez se hallaba enfrascado en esta tarea vió sobre el pecho del santo un taco. Removiéndolo, observó con creciente asombro que contenía una nota. Y, un superticioso calofrío recorrió su médula cuando leyó que el escultor Andújar pedía que rogasen a Dios por su alma cuando muriera. El Cabildo habanero, recogiendo la petición que de modo tan original se había manifestado, ordenó que se dijesen 100 misas en sufragio del alma del atormentado escultor.

De modo que, la primera gracia de que se tiene noticias hecha por conducto de este San Cristóbal quedó cumplida con creces. El

segundo milagro que se le atribuye es el hecho de haber salido indemne del estado ruinoso en que quedó la Parroquial en 1741, cuando, con motivo de la voladura por un rayo del navío "Invencible", anclado en puerto, muchos edificios de la ciudad se resquebrajaron. Los incesantes paseos que motivaron el traslado provisional de dicha Parroquia Mayor al oratorio de San Felipe de Neri y posteriormente al Colegio de la Compañía de Jesús, así como las obras de reconstrucción y transformación para convertirla en Catedral, - ya en el sitio en que actualmente ocupa - tampoco le afectaron.

Pero, donde mejor demostró su poder milagroso para escapar a la destrucción fué cuando el Obispo Espada y Landa llevó a cabo importantes reformas en el edificio. El Obispo, en parte por su depurado gusto que no aceptaba las estátuas, adornos y altares que afeaban el sagrado recinto y en parte porque las procesiones de imágenes incrementaban en grado sumo las prácticas santeras en aquella época, optó por destruirlas - hay quien irreverentemente asegura que para hacer leña - y sustituirlas por cuadros al óleo, copias de artistas renombrados, realizados por el pintor Vermay y sus discípulos de "San Alejandro".

Así fué como el corpulento santo llegó hasta nuestros días. Y de que es el mismo que arribara a nuestras costas hace 317 años no hay lugar a duda. Todo el que desee comprobarlo puede hacer lo que nosotros, pedir que le muestren la cicatriz que tiene a la altura de la rodilla, donde comienza el muslo, demostrativa que por ahí fué cortado, quitado un pedazo y vuelto a empatar. Rebajamiento en el que perdió la elegancia de la

DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

proporción, luciendo rechoncho y piernicorto.

La consigna del silencio

Entre las tradiciones que se practican en la conmemoración de San Cristóbal una de las más características es la consigna del silencio. Se asegura que los que deseen recibir las mercedes del Santo no pueden hablar una palabra desde las doce de la noche del día anterior. No sabemos si esta pequeña mortificación es como un homenaje a aquel que encarcelado, puesto sobre brasas encendidas, rociado con aceite hirviendo y asaetado, no abrió los labios para renegar de su fe, llegando, finalmente, a ser decapitado. Esta heroica "mudez" bien merece la temporal y efímera que se le brinda eneste día.

Coyuntura que aprovechan alegremente los jóvenes para tratar de hacer hablar, o por lo menos sonreir, a las damiselas que se empeñan en cerrar sus maquilladas bocas en un gesto tenáz o que se llevan coquetonamente un dedo a los labios en señal de silencio. Lo que muchas veces no pasa de un amable y frívolo pretexto para entablar conversación....

La misa de los "mudos"

Antes de entrar a la misa de los "mudos", como el pueblo ha dado en llamar a la que se celebra todos los años en la Catedral en honor de nuestro Patrono, se dice que es necesario dar tres sonoros golpes en la puerta.

Confesamos que no hemos podido averiguar el origen de esta costumbre que tanto desagrada a los sacerdotes.

Quizá se trate de un modo contundente de llamarle la atención al Santo avisándole la presencia del peticionario. Tal vez

tenga algo que ver con la consigna masónica de anunciar con un "toque" especial la llegada a la logia. Pero, lo más probable es que se emplee ateniéndose a la sentencia bíblica:

"Pedid y recibireis. Tocad y se os abrira..."

Hacia el Templete

Una vez oída la misa o simplemente hecha la rogativa al Santo en la Catedral los devotos se encaminan hacia el Templete para cumplir la segunda parte del ritual que aquí pierde sus características netamente católicas. Pese a que el mismo fué erigido con la finalidad de conservar la fe cristiana, tal como se lee en las inscripciones grabadas - una en latín, otra en castellano antiguo -, en la columna llamada de Cagigal, que se levanta al frente y centro del Templete, muy cerca de la verja:

"Detén el paso caminante, adorna este sitio un árbol, una ceiba frondosa, más bien diré signo memorable de la prudente y antigua religión de la joven ciudad, pues ciertamente bajo su sombra fué inmolado solemnemente en esta ciudad el Autor de la Salud. Fué tenida por primera vez la reunión de los prudentes concejales hace más de dos siglos: era conservado como una tradición perpetua; sin embargo cedió al tiempo. Mira pues y no perezca en lo porvenir la fe habanera hoy en la piedra, es decir el último de noviembre del año de 1754".

Erección de la columna

Fué indudablemente, con el objetivo de guardar la tradición que el gobernador Francisco Cagigal de la Vega hizo erigir en 1754 esta sencilla columna de tres caras, coronada también por

tres pináculos - que simbolizan los tres castillos del escudo de la ciudad, el Morro, la Fuerza y la Punta - y rematada en lo alto por una pequeñísima Virgen del Pilar, a la que hay que mirar largo rato para poderla detallar. Cosa que ocurre con el busto que se levanta al frente de dicha columna, pues hay que detenerse algún tiempo para descubrir la inscripción "Columbus" y así saber que se trata del Gran Almirante, ya que ni por sus líneas romanas ni por sus facciones uno se atrevería a decir que se trata de Cristóbal Colón.

Duro golpe hubiera sido, pues, para la ingenua fe de Cagigal saber que, andando el tiempo, los historiadores - esos fríos cirujanos de la verdad - iban a descubrir que en el lugar donde se levantó la columna en sustitución de la primitiva ceiba ya extinguida, - como se puede apreciar por el diseño de una ceiba a relieve, con las ramas cortadas o secas, que aparece en el primer frente del triángulo de la columna que mira al naciente - bajo la cual se suponía haberse celebrado la primera misa y reunido el primer Cabildo, jamás se llevó a cabo ninguno de los dos solemnes actos.

Leyenda e historia

La leyenda que por más de dos siglos había corrido de generación en generación decía que a la sombra de una ceiba frondosa que existía al noroeste de la actual Plaza de Armas, contrastando su talla ciclópea contra las colinas vírgenes de fortificaciones y las cabrilleantes aguas de la bahía, un grupo de conquistadores, frailes oficiantes y curiosos indios, celebraron una misa y un Cabildo Alcaldicio, los primeros con los que se

daba por instaurada La Habana.

Sin embargo la historia, por boca de los hombres que hurgaron en sus páginas, asegura que no existe documento alguno probatorio de esos actos. Pues ni aún Arrate y Pezuela, los más antiguos historiadores, han podido invocar otra cosa que la tradición.

Emilio Roig de Leuchsenring nos dice que lo sí consta en los Libros de Cabildos del Ayuntamiento es que en la primitiva plaza una ceiba era utilizada para amarrar a los que debían sufrir la pena del azote público, pero que estaba ubicada en un lugar muy distinto al que actualmente ocupa la Plaza de Armas, lo que le "permite afirmar que no pudo ser esa ceiba, que según la tradición se alzaba en el lugar donde Cagigal levantó el pilar conmemorativo, la misma bajo la cual se celebraron la primera misa y el primer cabildo". Y que, "finalmente, es indispensable tener en cuenta un detalle de mayor importancia histórica aún que las razones anteriores: y es que el suceso trascendente de la fundación de La Habana, que hubiera podido dar motivo para la celebración de una misa y cabildo conmemorativo, no tuvo lugar en el puerto de Carenas, sino que en éste sólo se realizó el tercer traslado de la villa" - agregando - "gradualmente, con el correr de los meses o de los años y, por tanto, sin ceremonias de ninguna clase".

Un Psicológico golpe de efecto

No menos sorprendido que Cagigal quedaría Don Francisco Dionisio Vives, Gobernador Gral. de la Isla, si supiera que una centuria después de haber hecho contrauir un edificio que albergara dignamente la tradición, la realidad histórica iba a desmen-

tir su propósito.

Aunque el discreto templito dórico es muy inferior a otras obras arquitectónicas de la misma época - del poco cuidado que se puso en su ejecución es una buena prueba el entablamiento, en el que los motivos de: corona de plumas y flechas cruzadas, corona y ambos mundos, la inicial del rey Fernando y el guarismo de Séptimo, no guardan orden alguno y se repiten y alternan caprichosamente - el Gobernador Vives quiso rodear el acto de su inauguración de gran pompa como un psicológico golpe de efecto con el que pretendió despertar mayor interés y respeto hacia la monarquía cuyo prestigio veía empañado por las primeras intentonas revolucionarias.

Todo el esplendor de la solemne misa que se celebró el día 19 de marzo de 1828, para iniciar los actos de su inauguración, ha quedado grabado, - con fidelidad de lente fotográfico -, en el lienzo que ocupa todo el panel central del Templete, debido al pincel de Juan Bautista Vermay. Aquí claramente están marcados los rangos. En primera fila, la representación del intelecto, la nobleza de la sangre y la del dinero - aunque este se hubiera amasado con carne de esclavos -. Del otro lado, separados por el muro y como enrejados por la miseria, el pueblo que paga todo aquel oropel pero que se contenta con admirarlo a través de los barrotes.

A la derecha, frente al pintor que sentado toma sus apuntes, la figura altiva y los rasgos firmes del Obispo Espada - quien costeará de su peculio la ejecución de los 3 cuadros que adornan el Templete - manejando el incensario, rodeado de varios prelados.

Estan presentes, entre otros, los Marqueses de Prado Ameno, Condes de: Villanueva, Fernandina, Cañongo, O'Reilly, Casa Bayona; Arango y Parreño, Antonio María de la Torre y Ramón de la Sagra. El caballero que se yergue apoyado en su bastón y que se hace visible a la primera ojeada es el Gobernador Vives, junto a sus dos hijas y el aya. Tras él, el apóstata de su raza, el negrito Tondrá, que llegó a ostentar grado de oficial del orden público por su eficiente persecución a los esclavos. Un poco más atrás se destaca un grupo de bellezas de la época: señoras de O'Farrill, Montalvo, Cárdenas y Madame Vermay, a quién la vanidad de su esposo, queriendo mostrar a la posteridad la perfección de su cara, le ha robado la devoción para convertirla en una curiosa personita atenta a todo el que llega a visitar el Templete.

Parándonos frente a la curiosa Mme. Vermay, nos queda a la izquierda el cuadro representativo del Primer Cabildo, a la derecha el de la Primera Misa.

Aunque Vermay ejecutó ambos por encargo y bajo las indicaciones del Obispo Espada y Landa, quedó a la imaginación del pintor la composición de las escenas.

La del Cabildo no puede ser más liberal, creada, - al decir de críticos autorizados - más con el fin de reunir y perpetuar la principales figuras de los colonizadores que de ajustarse a la verdad. Por eso vemos destacarse en lugar preferente a un gallardo y engalanado Diego Velázquez y observamos rasgos que parecen pertenecer a Narváez, Ocampo y Las Casas, entre otros. El instante captado es el solemne en que el escribiente - fácil de reconocer por el rollo de papeles que tiene en la mano iz-

quierda - presenta la señal de la cruz a un regidor que, a su vez, cruza sus dedos para prestar el debido juramento. Y, no dudamos que la india que abraza a su hijito, en la extrema izquierda, quiera simbolizar la raza que nacerá de su carne cobriza.

Con la de la Primera Misa sucede otro tanto. Se afirma que el caballero de capa, vuelto de espaldas, que aproxima cariñosamente al santo sacrificio un indio arrodillado, es un benévolo Diego Velázquez. Flota al viento el pendón de Castilla y la ceiba corpulenta, destacándose contra el claro cielo cobija el instante de la bendición sacerdotal. Lo que no impide que con fina ironía el pintor francés colocara a un irreverente ciudadano sobre una barquilla, durmiendo el más plácido de los sueños arrullado por las aguas de la bahía.

El ritual de la ceiba

Cada 16 de noviembre, si bien la generalidad del público contempla unos instantes con indiferencia estos cuadros y prácticamente ni se detiene a analizar otros interesantes detalles, no es menos cierto que concentra todo su interés en la ceiba centenaria.

El extraño ritual que ante ella se verifica consiste en dar tres vueltas alrededor de su tronco poniendo la mano iaquierda, - por ser la del corazón - sobre él, también tres veces, al tiempo que se hace la petición. Una vez hecha esta se entierra en alguna de sus grietas un "kilo" prieto y, por último, se arranca un pedacito de la corteza que servirá de amuleto.

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

¿De dónde nacen estas prácticas fetichistas o santeras? ¿Son reminiscencias de nuestros indios o directa importación africana?

Aunque la ceiba representaba para el indio cubano la personificación del sol en la tierra, el árbol sagrado a cuyo cobijo estaba libre de todo mal y a veces constituía oráculo de sus inquietudes, ante el que se detenía, interrogándolo reverentemente, no sabemos que llevara a cabo a su sombra ninguna de las particulares fases que anualmente se practican alrededor de la ceiba del Templete.

Hay que volver los ojos hacia Africa, en donde el totem - culto de los antepasados - del árbol, como en otras tantas culturas primitivas, está tan arraigado. Ellos creen que en un árbol determinado, o en una piedra, o en un río, etc., reside el espíritu de algún antepasado del cual se desciende o que es afín, motivo por el cual se les adora.

Los esclavos africanos, que nos trajeron sus lastres totémicos, creían que la ceiba personificaba a Ochún, - que posteriormente identificaron con la católica Virgen de las Mercedes - y por eso es que se le ofrecen centavitos prietos, como suelen hacerlo también con la Virgen de Regla.

El cuidador del Templete, Arturo Pedroso, que durante dieciseis años ha tenido la oportunidad de observar toda suerte de rituales, nos dice que existe una gran fe hacia los poderes milagrosos de esta ceiba a la que los devotos suelen traerle "promesas", igual que si se tratara de un santo. Amablemente nos muestra cicatrices en el tronco del árbol con la forma de la

plantilla de un pie humano, asegurándonos que ha oído hablar de varios casos de curas de hernias con sólo ponerse esta plantilla dentro del zapato. Y que tiene que estar siempre muy alerta pues al menor descuido los devotos pueden llevarse un trocito al que se le atribuyen poderes mágicos.

Podemos despojar a la ceiba de los poderes milagrosos que le atribuyen las creencias africanas... Podemos arrebatarle el prestigio histórico de haber cobijado el primer sacrificio de la misa... Pero, por mucho que nos empeñemos, no podremos borrar íntegramente el sentido ideológico de la tradición...

La fuerza de la tradición y el poder de la fe que siguen moviendo al pueblo....

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA